

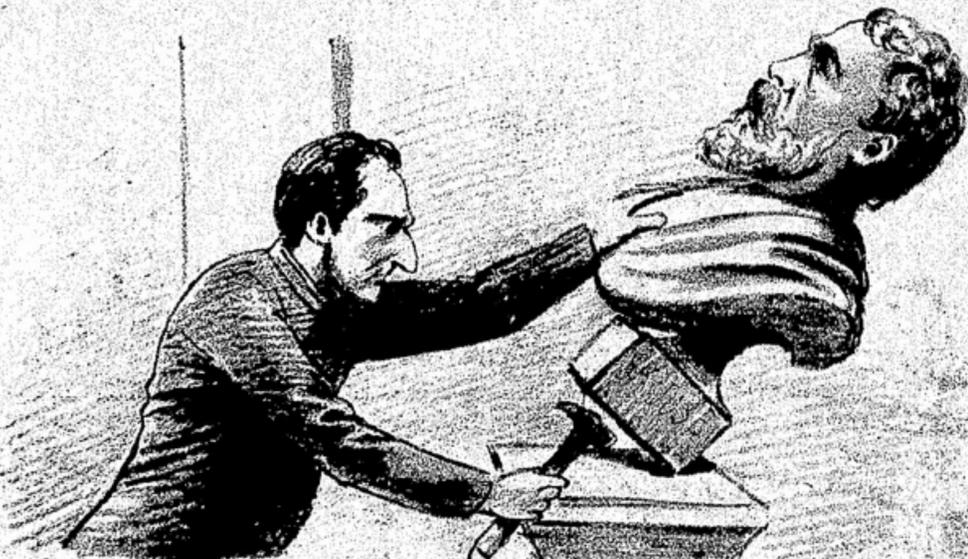
EL MOSQUITO



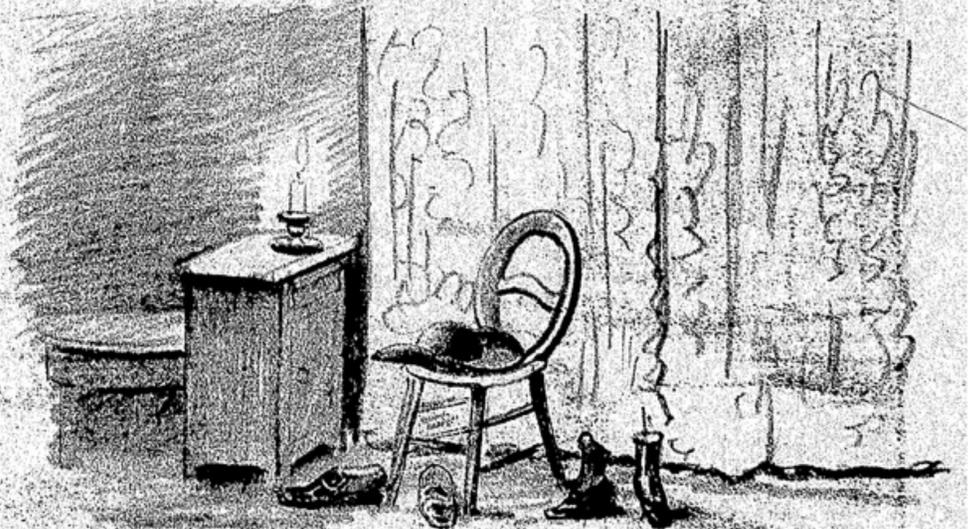
1.º Mandamiento



2.º idem



3.º id. (Destruyendo sus armas bajo bustos de santos)



6.º

MANDAMIENTOS DE DIOS, según los entendia el ex cura de Olavarría.

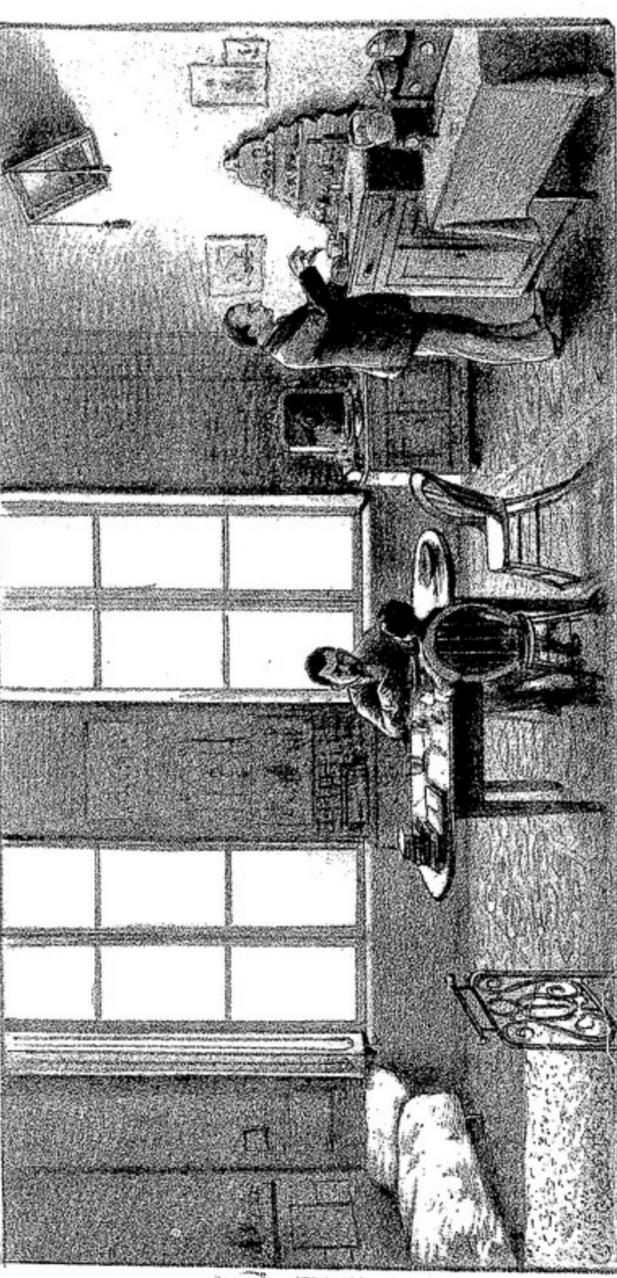


"LA NACION" dijo que el Mosquito estaba moribundo y esto debe ser cierto puesto que del último número se vendieron solamente 26.000 ejemplares. Visto su estado precario, el Mosquito, que no es menos que D. J. Fructuosa, publica también su testamento en el cual quiere sus amados suscriptores que no han sido olvidados.

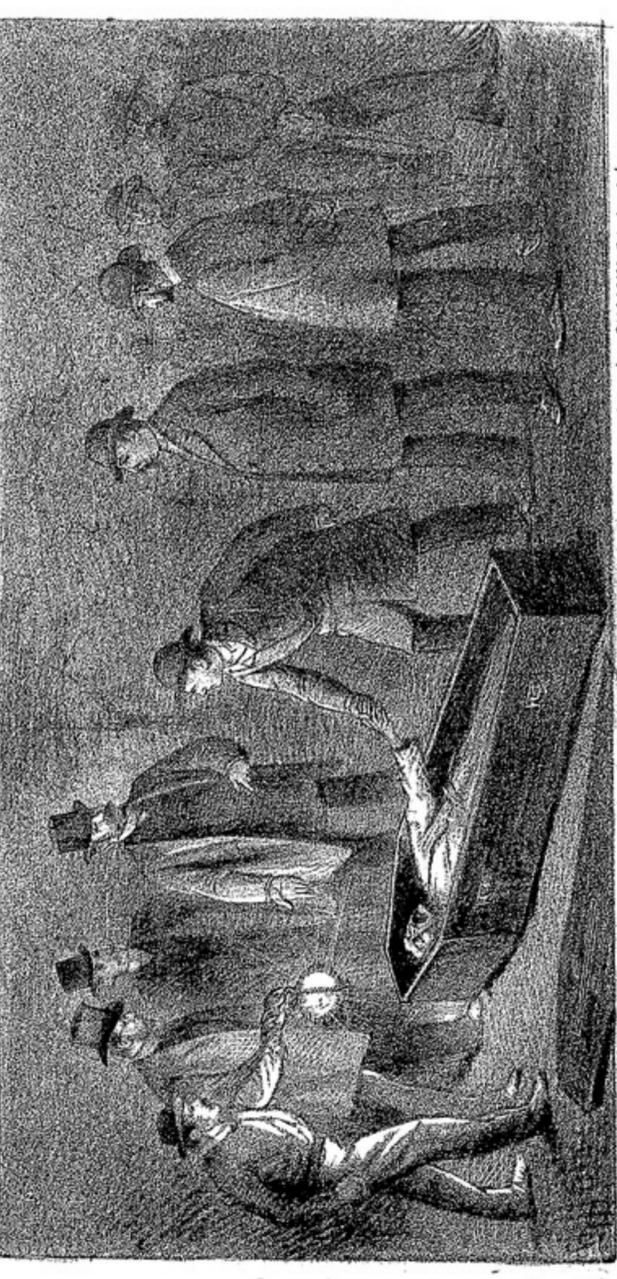
EL MOSQUITO.



Cuando Bouchot, de noche se despertaba, veía una sombra que parecía estudiar su respiración: era CASTRUCCIO.



La mañana del 13 de Julio, CASTRUCCIO haciendo té, echó arsénico en la taza destinada a Bouchot.



Hecha la exhumación de los restos de Bouchot y reconocido el cadáver, el comisario OTAMENDI insiste para que CASTRUCCIO, aprete la mano del de quien dice haber sido tan amigo.



En la noche del 21 al 22 de Julio, CASTRUCCIO solo con Bouchot agonizando, le tapó la boca y apretó la nariz, dándole la muerte que OTAMENDI dio a DESDEMONA.

EL MOSQUITO

Buenos Aires, 12 de Agosto de 1888.

CRIMENES CELEBRES

El envenenamiento de Alberto Bouchot Constantin

Por Luis Castruccio

El 12 de Junio próximo pasado se presentó en las oficinas de la compañía de seguros contra la vida, «La Previsora» Piedad 29, un sujeto llamado Luis Castruccio, domiciliado en la calle Alsina núm. 1244, en compañía de su hijo Alberto Bouchot Constantin, joven francés de 25 años de edad, alto, delgado, de bigote negro, vestido correctamente.

Castruccio iba a asegurar su vida a favor de Bouchot en la suma de 10.000 pesos. Después de correr los trámites de práctica y de pagar la cuota correspondiente se le espidió la póliza, pero Castruccio reformó el seguro asegurando la vida de Bouchot a favor suyo.

El doctor Murphy, uno de los médicos de «La Previsora», clasificó el riesgo de primera clase, pues en el examen que practicó a Bouchot tuvo ocasión de comprobar la salud de éste que era excelente.

El día 28 de Julio último, Castruccio se presentó de nuevo en las oficinas de «La Previsora»; iba a cobrar los 10.000 pesos, pues Bouchot había fallecido el día anterior.

Interrogado sobre la muerte del joven francés, Castruccio contó que había sucumbido víctima de un ataque cerebral. Agregó que en la oficina del registro civil de la sección 10ª existía la partida de defunción y dió el nombre del médico que había asistido a Bouchot.

Enterado de lo ocurrido, el Dr. Murphy espresó el asombro que le causaba la muerte prematura e inesperada de Constantin, a quien había examinado un mes antes.

Llamábase la atención que aquel joven, lleno de vida, robusto, en plena juventud, en todo el vigor de la existencia, hubiera sucumbido de un ataque cerebral.

Estas observaciones del Dr. Murphy decidieron al director de «La Previsora» procederá a una investigación de las causas que habían determinado la muerte de Bouchot y de las circunstancias que la rodearon.

Al efecto el inspector D. Eduardo Rodríguez Lubary se trasladó a la calle Alsina núm. 1244 y a la oficina del registro civil de la sección 10ª.

El resultado de su averiguación fué el siguiente: Bouchot se quejaba de vómitos y dolores al estómago cuatro ó cinco días antes de su muerte. Dejó de existir en la habitación de Castruccio y fué inhumado en el cementerio de la Chacarita el mismo día 27, a las 12 horas de la tarde.

Avisado el jefe de policía por el gerente de «La Previsora» encomendó al Sr. Otamendi la investigación del hecho.

La investigación comenzó inmediatamente.

El señor Otamendi, comisario de pesquisas, se dirigió a la casa en que vivía Castruccio, Alsina 1244 (antiguo), pero no lo encontró, pues había salido precisamente en ese instante con los documentos que le eran necesarios para cobrar los 10.000 pesos de seguro en «La Previsora». En la puerta de este establecimiento, donde se hallaba en observación un empleado de policía, Castruccio fué preso sin que presentara resistencia.

El jefe de policía, notificado de lo que ocurría, resolvió que los Dres. Drago y Barra, médicos de la repartición procedieran a hacer la autopsia del cadáver, y que las vísceras fuesen enviadas al doctor Arata, el sábio director de la oficina química municipal.

Los doctores Barra y Drago, el doctor Murphy y el Dr. Cabezón, que había asistido a Bouchot Constantin, acompañados por el Comisario Otamendi y un practicante de medicina, se encaminaron al cementerio de la Chacarita llevando de ciclorona al mismo Castruccio, que les indicó el sitio en que había sido inhumada su víctima.

Era ya tarde. Se extrajo el ataúd, levantóse la tapa, no sin sentir los olores de la descomposición cadavérica. Castruccio declaró que estaban en presencia de Alberto Bouchot Constantin.

Uno de los médicos presentes, con el objeto de examinar si el cutis del cadáver no presentaba alguna particularidad, tomó la mano izquierda de Bouchot y la levantó.

Después de examinada la dejó y como quedaba posada sobre el costado del ataúd, el Comisario Otamendi, dirigiéndose a Castruccio, le dijo:—Ya que este pobre cuando era en vida, fué su amigo, tome la mano.

No ve la necesidad, señor, contestó presunto asesino! No importa, tómela, supongo que Vd. nada teme de él.

No tengo inconvenientes en hacerlo, contestó Castruccio, y tomó sin vacilar la mano helada para siempre del pobre Bouchot.

La hora avanzada decidió a los facultivos a postergar hasta el día siguiente la autopsia. Esta fué practicada en las condiciones y con los resultados que son de pública notoriedad. El pulmón, el hígado y los riñones estaban muy congestionados. El corazón contenía en su porción derecha bastante sangre, fluida y negra. La masa encefálica no estaba ingurgitada, no tenía entre las circunvoluciones la menor huella de extravasación sanguínea ni de inflamación. En el cuerpo había pocas lesiones típicas: manchas rojas en las piernas, como sufuciones sanguíneas y una gran mancha verdosa, propia de la putrefacción, que se extendía por toda la pared abdominal.

Además de estos signos, otros dos llamaron la atención: la mucosa del estómago tenía profundas ulceraciones y en la cara del cadáver, a uno y otro lado de la nariz, había dos manchas equimóticas redondeadas, que, según la observación posterior del doctor Drago, correspondían perfectamente por sus dimensiones al contorno de la pulpa de los dedos de Castruccio. Este dato, como se verá más adelante, tiene una importancia capital.

El examen anatómico-patológico alejó en seguida del espíritu de los peritos la idea de la congestión cerebral.

Las ulceraciones del estómago, el color negro de la sangre y otros síntomas indicaban al contrario que era lógico pensar en un envenenamiento, debido a un tóxico, cuya naturaleza se iba a conocer más tarde.

Gracias a la buena dirección de las pesquisas, se logró saber que Bouchot había estado empleado en la fábrica de billares del señor J. B. Verdier, Piedad 264 viejo.

Hace varios meses, Bouchot, que acababa de llegar de Francia, entró como operario en la fábrica citada. No conocía el español ni era apto para el trabajo pues no conocía el oficio, de manera que su permanencia en la fábrica del señor Verdier no le reportaba gran provecho.

Entonces resolvió separarse de la casa y buscar otra ocupación más lucrativa.

De esto hace dos meses.

A los pocos días de haber salido y en circunstancias en que el señor Verdier se encontraba en Córdoba, Bouchot se presentó en la fábrica, acompañado de un sujeto, que era Luis Castruccio.

Iba para que la señora Verdier le sirviera de intérprete, pues su acompañante no conocía el francés.

La señora, que se interesaba por Bouchot, accedió complacientemente a su pedido; el que lo acompañaba manifestó que su propósito era tomarlo en calidad de cocinero. Le abonaría 20 pesos y si su conducta era buena le aseguraría su porvenir, y habló entonces de seguros sobre la vida.

Bouchot, halagado por las promesas de Castruccio, aceptó la propuesta y entró a servirle.

Trascurrieron varias semanas sin que la señora Verdier volviera a ver a Bouchot, cuando un buen día, el cocinero de Castruccio se le presentó de nuevo.

Pálido, ojoso, demacrado, impresas en sus facciones las huellas del cansancio y del malestar aquel rostro de enfermo sorprendió a la señora Verdier.

—¿Qué tiene de que sufre? fueron las primeras preguntas que le dirigió.

Bouchot declaróle que se sentía mal; en la casa donde servía debían darle alguna cosa... El, que antes era tan fuerte, sufría ahora de un malestar extraño: vómitos, calambres en el estómago.

Luego su patron era un hombre raro; debía ser loco, pues varias noches, al despertarse, él, Bouchot, había visto a Castruccio de pie, junto a su cama, en actitud de observarlo. (Véase la lámina.)

Indudablemente Castruccio debía ser loco, pues si no lo era para que lo observara durante su sueño?

La señora Verdier procuró disuadir a Bouchot. Tal vez estaba enfermo del vientre.

El joven agregó que se hallaba descontento pues su patron lo había asegurado haciéndolo comprender que el beneficio del seguro sería para él. Ahora sabía que no era así: el asegurado era Bouchot y en caso de muerte, la prima debía cobrarla Castruccio.

Tengo depositados 500 francos oro en un Banco, y desearía entregarle a usted la libreta, prosiguió, pues no conozco a fondo a mi patron. En una palabra, no me inspira confianza.

Llamada a la comisaría de pesquisas, la señora Verdier reconoció a Castruccio era el mismo sujeto que había estado en su casa con Bouchot.

Preguntado porque había presentado a éste como su cuñado en las oficinas de «La Previsora» Castruccio declaró al comisario que habiéndole hablado Bouchot de una hermana que tenía en Francia y ponderándole sus cualidades, había resuelto hacerla venir para casarse con ella; por eso le llamaba cuñado.

Se ha comprobado que Bouchot, mas que el empleo de cocinero, desempeñaba en casa de Castruccio el papel de amigo, de compañero de éste.

Algunos meses atrás Castruccio aseguró la vida del menor Juan Carpin que tiene a su servicio, haciéndose expedir la póliza a su favor, pero mas tarde cambió la operación, asegurándose él en favor de Juan.

Bouchot, Castruccio y Juancito Carpin dormían en la misma pieza. Había en ella tres camas, pero casi siempre el menor dormía con su patron. Es difícil llevar mas lejos la intimidad entre patron y sirviente...

Entre los papeles secuestrados en el domicilio del acusado, se encontró una libreta, y, como Castruccio tiene la manía de apuntar hasta los mas insignificantes incidentes de su vida, en dicha libreta se encuentran algunos apuntes.

El comisario Otamendi que sospechaba por otros indicios que el cloroformo había sido el veneno administrado a su víctima por Castruccio, conociendo por otro lado la manía de éste de apagar todos sus actos buscaba en los papeles secuestrados y con impaciencia febril algo que le pudiese sobre la huella del veneno, hasta que al fin dió con la libreta que es una de las mas importantes pruebas del crimen.

En una página y debajo de la anotación de un libro de cirugía práctica, se encuentra abreviada otra, así: A. de V. comprado el 17—A. B. C. E. el 18—A. M. § 1—G. de B. § 60.

El señor Otamendi, que desde el registro practicado en el domicilio del acusado supuso que la muerte de Bouchot fué causada por el cloroformo, se detuvo sobre la misteriosa anotación y después de mucho estudiarla la traducía así:

Anestésico de Valdivieso comprado el día 17 de Julio—Alberto Bouchot Constantin—Envenenado el 18—Asistencia médica. 1 peso—Gastos de botica ps. 0,60.

La interrotación pudiera parecer arbitraria, pero si se recuerda las fechas: el día en que Bouchot se sintió enfermo por primera vez desde que estaba con Castruccio y otros antecedentes suministrados por éste mismo, lo arbitrario desaparece para dar paso a lo verosímil.

La fórmula cabalística en que el comisario creyó ver la síntesis del crimen ha sido plenamente controlada. Ella encerraba en efecto todo el secreto del asesino.

Bouchot se había enfermado el día 17; había bebido el veneno el día 18; el médico había cobrado un peso; el tóxico costó 60 centavos; el facultativo hizo su última visita el día 23.

Solo faltaba descifrar dos iniciales A. de V. Significaba alcaloide de veratrum ó anestésico de Valdivieso, nombre del traductor de la obra de Brian que lo fué sustraída al doctor Mackern por el envenenador?

El señor Otamendi se preguntó si no sería arsénico de veneno. La forma del apunte era extravagante, pero un detalle afianzó mas tarde esa sospecha.

El Lunes 6 el director de la biblioteca popular remitió al comisario dos recibos de libros sacados por Castruccio del establecimiento. Era la química de Luna en dos tomos.

Inmediatamente el Sr. Otamendi envió a la biblioteca en busca del espresado libro, y registrándolo hoja por hoja, con una minuciosa atención de microscopio, encontró en la página donde trata del arsénico una cruz hecha con lapiz, de igual forma que las que había hallado en todos los apuntes escrupulosos de Castruccio.

El comisario llamó al criminal a su despacho, y mostrándole la pequeña cruz, le dijo:

—Yo sé lo que le dió a Bouchot. No puede seguir negando. Mire, con eso lo ha envenenado.

El indicaba el título del capítulo Arsénico. Castruccio negó sin embargo tenazmente y pretendió recomenzar su historia, hecha en un interrogatorio anterior.

Preguntado por el comisario Otamendi como explicaba el apunte revelador de la libreta encontrada, Castruccio se inmutó, pero reponiéndose exclamó:

—Eso quiere decir: Comprado el vino de Fresno el día 17 y entregado a Alberto Bouchot Constantin el día 18. Gastos de inodoro un peso, adelantado peso uno. Lunes 23, visita de médico dos pesos:

No sabía a qué respondía la inicial B. 0,60 centavos y enredaba las demás.

—Para quién compré ese remedio?

—Para Bouchot.

—Pero si Bouchot se enfermó recién el 18, como le compré el remedio el día 17?

Castruccio repuso que sería un error suyo al consignar las fechas. Esfórzose por sonreírse y por fin dijo: —Si, confundiendo, todas las apariencias me condenan.

El mismo día, después de un largo interrogatorio, en el cual Castruccio con una astucia digna de mejor suerte, había tratado de evadir las preguntas del comisario Otamendi, este lo hizo llamar de nuevo a su oficina y; bruscamente le preguntó:

—¿Qué veneno le dió Vd. a Bouchot?

—Yo señor, no le he dado veneno alguno.

—Picabeal! exclamó el señor Otamendi, dirigiéndose a su auxiliar. Haga que le pongan las esposas a este hombre. Castruccio, al salir de la oficina, vaciló un momento, detúvose, prosiguió su marcha, volvió a detenerse y por fin siguió al agente que lo acompañaba, hasta el calabozo.

Hubiérase dicho que iba a confesar su delito. De un carácter pusilánime, mas aun; cobarde hasta donde puede serlo un hombre, la orden de que le pusieran esposas le había producido un efecto terrible.

Poco después, en circunstancias en que el señor Otamendi había salido para dirigirse a la casa del doctor Arata, llegaba a la comisaría de pesquisas el médico de policía doctor Drago, quien conjuntamente con su colega el doctor Barra, practicó como recordará el lector, la autopsia del cadáver de Bouchot.

El doctor Drago sostuvo desde el primer momento, a juzgar por los signos anatómico-patológicos que presentaban los órganos del cadáver, sobre todo por la pronunciada congestión de los pulmones, el hígado, el corazón, los riñones y el bazo, que Bouchot había muerto asfixiado.

El joven médico no negaba que Castruccio hubiese envenenado a su víctima, pero se había aferrado a la idea de la muerte por asfixia.

Eran las cinco de la tarde; el doctor Drago pidió a Picabea que lo condujera al calabozo del acusado que muy abatido y en tono suplicante había rogado al auxiliar que le hiciera sacar las esposas.

—Vd. ha envenenado a Bouchot, le dijo dando a sus palabras un acento de convicción.

—No, señor, contestó Castruccio.

—Estoy seguro de ello.

—Pues Vd. se equivoca, señor doctor.

—Si es así, júrelo por la memoria de su padre.

—No juro.

—Jure entonces por esta cruz, prosiguió el médico cruzando dos de sus dedos.

—No creo en la cruz.

—Bueno, ya que Vd. no quiere jurar, yo, por la memoria de mi padre, le juro que Vd. ha dado muerte a Bouchot por....

Y el doctor Drago escribió con lapiz en la pared estas palabras.

ASFIXIA POR SFOCACION

—Ordene que me saquen las esposas y confesaré, exclamó Castruccio, en el colmo de la emoción.

—Contiense antes la verdad.

—Si señor, es cierto, fué como Vd. lo dice; la muerte que Otello le dió a Desdémola.

Y cuando le hubieron sacado las esposas, Castruccio prosiguió:

—El comisario Otamendi tiene talento, pero Vd. también lo tiene, y mucho. Opinan lo mismo que Vd. los otros médicos?

—Exactamente.

—Pues bien, en la noche del 27, cuando Bouchot descansaba en su cama, a raíz del fuerte ataque que había sufrido, le asfixié cubriéndole la nariz y la boca con mi mano. La operación fué breve. Cuando yo me cercioré de que ya no respiraba, me diriji a mi lecho y me acosté. Tenía el rostro congestionado; me dolía fuertemente la cabeza; no sabía lo que me pasaba.

Y el criminal se echó a llorar. La confesión había sido penosa para él, pero pocas horas después, la calma volvió a manifestarse en este hombre que tiene todos los caracteres del tipo del delincuente, estudiados por Lombroso.

A las cinco y media regresaba a la comisaría el Sr. Otamendi acompañado del Dr. Arata.

La noticia de la confesión de Castruccio no le sorprendió. «La esperaba», dijo, y ordenó que lo trajeran a su oficina.

Castruccio se ratió en su declaración anterior y agregó que además había administrado a Bouchot una dosis de arsénico, pero una sola dosis y muy pequeña.

—¿Qué día? le preguntó el comisario.

—El 18, señor.

—¿Dónde compró el veneno y de que medio se valió para que el farmacéutico se lo despachara?

—Lo compré el día 17 de Julio, en la farmacia de la estación, propiedad del señor Sicardi, calle Rivadavia entre Rioja y Catamarca, valiéndome de una tarjeta del doctor Jorge Mackern que yo conservaba en mi poder.

—¿Qué cantidad le despacharon?

—No recuerdo, señor.

El señor Otamendi envió en el acto un agente a la farmacia citada.

A la media hora regresaba trayendo la tarjeta a que se había referido Castruccio.

Estó había escrito con lapiz en el reverso.

Arsénico XX gramos

y falsificado torpemente la firma del médico a cuyo servicio había estado en 1884.

El propietario de la farmacia, que acudió al llamado del comisario, manifestó que Castruccio al pedir el arsénico había dicho que era para matar ratones.

—No lo daba a Vd. pena matar a un pobre joven a quien cobijaba a Vd. bajo su techo? Envenenarlo primero y asfixiarlo después! Estragular a un hombre que acababa de sufrir un ataque, y por consiguiente en la imposibilidad de defenderse?—le preguntó el Dr. Arata.

—Pero si yo no recurrí a la violencia—Bastaba impedir que el aire le entrara en el organismo para que cesara de vivir, y es lo que hice. Cuestion de pocos segundos.

Y Castruccio dijo estas palabras en el tomo mas natural, como si no se diera cuenta de su criminal acción.

—Vaya una muerte benigna! exclamó el Dr. Arata.

—¿Qué quiere Vd. señor; ¿estaba muy enfermo. Yo

le aseguro que era un caso perdido luego se lo repito, no recurrí a la violencia; no hice mas que taparle la nariz, así; y uniendo la acción a la palabra Castruccio juntó suavemente, casi con unción, el pulgar y el índice de su mano derecha, como el tomador de rapé, después de hundir sus dedos en la caja que lo contiene.

Pero el criminal no decía la verdad.

Que hubo violencia lo prueban las dos equimosis, las dos manchas rojas del tamaño y forma de una moneda de 20 centavos, que presentaba el cadáver de Bouchot a cada lado de la nariz.

Es que los muertos hablan; es que la vieja leyenda del poeta Ibcus se ha repetido en todo tiempo, en una u otra forma; es que el crimen deja siempre sus huellas, por mas que el criminal se afane en borrarlas.

Un poco mas tarde, el mismo día, Castruccio completo su confesión, diciéndole al comisario lo siguiente:

—La primera vez que yo di arsénico a Bouchot fué el 18 por la mañana, en el té.

La última fué el 27, por la tarde, a la hora de la comida. Al servirle el café eché en la tasa de Bouchot el resto del arsénico que había guardado en una cajita.

—Cuando el veneno produjo su efecto pensé en enviar a Bouchot al hospital; pero senti miedo de que se descubriera el envenenamiento y entonces resolví acabar de una vez.

Al efecto envié a Juan Carpin en busca del doctor Cabezón, y fué en ausencia del menor que acabé con la vida de Bouchot.

El asesinato

Luis Castruccio, es un hombre joven, pues apenas cuenta 25 años de edad.

Es oriundo de Rapolla, pequeña ciudad de Italia, situada en la antigua Basilicata, a 6 kilómetros de Melfi, y fué en ella donde paso sus primeros años, distinguiéndose por su buena conducta y amor al estudio en la escuela primaria en que se educó, según lo hemos comprobado por las libretas de clasificación que aun conserva.

A los doce años vino con su padre y un hermano a Buenos Aires; estuvo primero en la casa del fabricante de sellos de goma señor Watson, después en la de los doctores Mackern y Ocantos y mas tarde como ordenanza en el Banco de la Provincia, en La Plata.

En 1884, el padre de Castruccio, que era marino, pereció en San Fernando víctima de un accidente de ferrocarril.

Castruccio es un delincuente nacido con la predisposición al crimen.

Anoche convenia en que su posición es difícil muy delicada.

«No es, decía, un delito vulgar el que yo he cometido. Por eso es preciso estudiarlo mucho. Hay una serie de circunstancias que me favorecen.»

Y cuando habló de la pena que sufriría, manifestó su propósito de pedir gracia al presidente de la República cuando hubiese cumplido dos años de condena, tiempo, agregó, que aprovechará.

Castruccio encomendará su defensa al doctor Luis M. Drago.

Las indagaciones han confirmado que Castruccio pensaba explotar en grande las compañías de seguros sobre la vida.

Sin el descubrimiento hecho por el Comisario Otamendi y las sospechas del gerente de la «Previsora», Castruccio hubiera arruinado a dichas sociedades.

La instrucción ha comprobado que estuvo en negociaciones con una joven domiciliada en el Paseo de Julio, esquina Córdoba, en apariencia para casarse, pero en realidad para asegurarla en la «Previsora.»

También se supo que un tal Ramon Carvalloso había estado algunos días de sirviente en lo de Castruccio, que este quería absolutamente asegurarle la vida a beneficio suyo, que la había tratado muy bien para seducirlo, pero que el tal Carvalloso, que no se explicaba porque su patron lo trataba tan bien, había participado su sorpresa a un tio suyo, que le aconsejó no volviese a casa de su patron, pues eso de querer asegurar su vida probaba que la tenía en peligro, consejó que, felizmente para el, Carvalloso puse inmediatamente en práctica.

Como hemos dicho, Castruccio había asegurado su vida en favor de Juancito Carpin. Seria original ahora que, sentenciado a muerte Castruccio, que bien lo merece, y ejecutado, la «Previsora» tuviese que abonar a Juancito el seguro sobre Castruccio.

Nuestro director ha hecho del natural el retrato de Castruccio, Juan Carpin y el dibujo del cuarto del primero.

El retrato del desgraciado Bouchot es copiado de una fotografía, que representa a Bouchot de cuerpo entero (que se hallaba sobre la chimenea del cuarto del asesino) y que lleva en el reverso la siguiente dedicatoria:

Alberto Bouchot Constantin a su amigo Castruccio

Nuestros lectores habrán notado que la interpretación dada por el comisario Otamendi al apunte encontrado en la libreta de Castruccio fué acertada.

En efecto, este compró el arsénico el día 17 de Julio y le dió la primera dosis a Bouchot el 18.

La cifra 0,60 que sigue a la letra B. son los sesenta centavos que pagó por el veneno.

Detenido el 31 del pasado a los seis días, el Lunes 6 Castruccio fué sometido al juez del crimen convicto y confeso de su crimen, lo que demuestra la actividad con que ha producido en este asunto el comisario Otamendi.

La narración que dejamos hecha es el mejor elogio que podemos dirigirle porque ella demuestra la habilidad y la constancia desplegadas por el joven funcionario que cuenta un triunfo mas en esta lucha contra el delito, a que le obliga el delicado cargo que desempeña.

Nuestro último número tuvo, gracias a la escrupulosa exactitud de sus grabados y retratos, una venta extraordinaria. En cuatro días se vendieron 25.000 ejemplares y creemos que es la primera vez que una publicación alcanza esta cifra en la república.

Ya no podrá en adelante decir «La Nación» que ella es el Diario de mas circulación en la república.

TEATRO COLON—Ópera en 5 actos Amleto.

POLITEAMA ARGENTINO—La comedia en 5 actos L'Etrangère.

NACIONAL—La comedia en dos actos D. Sino Guerrero y el juguete en dos actos Levantar Muertos.

SAN MARTIN—El Estudiante de Salamanca.